

# NOTA NECROLOGICA

*Ya en pruebas este número nos llega noticia de la muerte de Don Ramón Carande. Por falta de tiempo no podemos publicar un obituario adecuado a tamaña pérdida. Reproducimos, no obstante, la nota que sobre Don Ramón publicó este verano el semanario «El Nuevo Lunes», escrita por Gabriel Tortella.*

El economista y el hombre de negocios que no sean versados en Historia pueden fácilmente preguntarse: ¿en qué se basa el enorme prestigio de don Ramón Carande? La respuesta es simple y doble: en su obra y en sus cualidades personales.

Empecemos por estas últimas. Aunque no hubiera escrito una sola línea, don Ramón habría de tener indudable renombre por su excepcional individualidad. El día 4 de mayo de 1887 debió ser día de grandes señales en Carrión de los Condes, porque en él nació el insigne Ramón Carande y Thovar. Tiene, por tanto, bien cumplidos los noventa y nueve años. Su longevidad me parece ser el signo externo de su excepcionalidad, porque a estas alturas don Ramón tiene la energía y la lucidez mentales propias de la madurez. Todo en la vida de don Ramón parece acorde con esa lenta maduración (un *tempo* distinto del de los mortales ordinarios), porque su gran obra, *Carlos V y sus banqueros*, sale a la luz en primera edición cuando su autor había ya sobrepasado muy largamente la cincuentena. Claro que esto también revela una energía indomable, porque durante la guerra civil perdió don Ramón, «bajo la acción de la insaciada ferocidad indígena», una obra inédita, casi acabada, sobre los Reyes Católicos. Pero volvamos a los aspectos puramente personales. Creo que muchas claves de su carácter las hallará quien no le conozca en otro libro suyo, el más reciente, la *Galería de Raros*, que es una colección de apuntes biográficos de amigos y conocidos que tenían todos de común entre sí, y con don Ramón, el ser gente refinada, culta, bondadosa, amena, sencilla de trato y —el título lo indica— algo excéntrica.

Don Ramón reúne todas estas virtudes, algunas en grado superlativo, y muchas otras. Hay tres que quiero poner de relieve. En primer lugar, una memoria fuera de lo común. Lo asombroso de la memoria de Carande no es sólo que recuerde cosas ocurridas hace casi un siglo, sino, además, que, cosa mucho menos frecuente en ancianos memoriosos, recuerde con igual exactitud lo ocurrido hace unos días, unas semanas o unos meses que lo acaecido hace más tiempo. La memoria de Carande es excepcional porque abarca con uni-

forme precisión más de noventa y cinco años: todo un récord. En segundo lugar, Carande es un hombre en extremo modesto, con la modestia lúcida del que sabe lo que vale pero no quiere olvidar, ni que su interlocutor o lector olvide, sus limitaciones. Tanto conversando como por escrito en cartas o en sus obras, don Ramón hace frecuentes protestas de la insuficiencia de sus conocimientos (por ejemplo: «Sé muy poco y prefiero declararlo así. Me quedo más tranquilo»), y yo creo que aunque, ante la magnitud de su sabiduría, a mucha gente puedan parecerle tales manifestaciones fuera de lugar, en realidad no lo están, por varias razones. Primordialmente, porque todo estudioso tiene presente la máxima socrática «Sólo sé que no sé nada», y tanto más presente cuanto más sabio; el saber científico no es sólo conocer algo bien, sino atisbar el vasto campo de lo desconocido; cuanto más se sabe, tanto mejor se atalaya lo ignorado; con mayor claridad se percibe la propia limitación. Pero también creo que don Ramón repugna el endiosamiento; como buen maestro, quiere estimular a sus lectores y oyentes, mostrándoles la perfectibilidad del trabajo que él ha hecho. Y creo también que, con su pizca de vanidad, prefiere adelantarse a los críticos. En tercer lugar Carande tiene un monumental sentido del humor que, como la caridad bien entendida, empieza por uno mismo. Don Ramón es un sabio con mucha gracia, y en él el humor es consustancial con su modestia. Carande enseña deleitando, y cualquier lector puede imaginárselo riendo a carcajadas con lo que encuentra en sus archivos y en sus lecturas: así cuando nos cuenta en *Carlos V y sus banqueros* cómo el Emperador, siempre en búsqueda de dinero, trataba de vender los chapines de su difunta esposa; o en otra obra cómo Fernández de Oviedo, el historiador de Indias, se reía del famoso jurista Palacios Rubios por su célebre «requerimiento», que los conquistadores debían leer a los indios antes de entrar contra ellos en combate, ofreciéndoles la sumisión voluntaria, lectura de improbable eficacia para unas tropas indias que comenzaban por desconocer el castellano. Y a quien quiera un pálido reflejo del humor erudito de Carande le recomiendo la lectura de su «Viaje vocacional a los Archivos de España», en las *Actas del Primer Congreso sobre Archivos económicos de entidades privadas*, publicadas por el Banco de España. Y digo «pálido reflejo» porque había que oír a don Ramón leer el texto y añadir acotaciones improvisadas para reírse a gusto.

Pero con todo y ser importantes, no son las cualidades personales las bases del prestigio de un historiador, sino su obra. Y no se crea que la de Carande se limita a los tres imponentes volúmenes de *Carlos V y sus banqueros*, aunque sea ésta, sin duda, su *magna opus*. En este libro monumental, Carande ha estudiado la vida económica en la Castilla de la primera mitad del siglo XVI y los problemas financieros del Emperador y del Estado. Tratando de desentrañar las relaciones del César con sus banqueros a través de los préstamos

que éstos hacen a aquél, Carande traza un fresco de la economía, de la Hacienda y de los entresijos de la política en la Castilla de aquel tiempo realmente inigualable. Y la palabra «fresco» está empleada a sabiendas, porque la técnica expositiva de Carande es muy pictórica, en cuanto tiende a darnos viñetas o estampas que, yuxtapuestas, ofrecen una imagen vívida y cromática de la sociedad de aquel tiempo, de su estructura y de su lógica. La concepción de Carande es así, a la vez, muy tradicional y muy moderna. Es tradicional porque, aparentemente, él no analiza; tan sólo expone lo que los documentos le dicen. Pero es una tradicionalidad engañosa, porque en la elección del tema y en el modo de seleccionar y ordenar su material nos encontramos con la mente de un economista (Carande fue catedrático de Hacienda Pública hasta su jubilación). Lo innovador de Carande fue aplicar la lógica y el método del economista al estudio de la política del Emperador: casi una revolución en su tiempo. No sin ironía, se separa a sí mismo de otros «historiadores más felices a quienes incumbe examinar el magnífico tapiz de la historia de sus hazañas [las de Carlos V] por su brillante anverso», implicando, naturalmente, que a los historiadores económicos les corresponderá el opaco reverso de ese tapiz glorioso: los problemas de la Hacienda, las finanzas y el crédito. Entiendo yo que con ello se convirtió Carande en el primer español que hizo Historia económica verdadera y de calidad. Es el precursor de otros precursores como Sardá o Vicens Vives.

A su calidad de adelantado de la historiografía económica española une Carande su extraordinaria pluma, que destila prosa de altísima calidad. Leer a Carande es un placer por ese castellano clásico, de ecos cervantinos en su claridad, en su elegancia y en su humor. Los títulos de muchos de sus trabajos son muestra de la feliz inspiración con que se desarrolla el resto de la obra. Así, la ya citada *Galería de Raros*; el artículo titulado «Mis acreedores preferentes», dedicado a evocar a sus maestros, y que fue su lección de despedida de la Universidad de Sevilla (donde se definió como «jubilado jubilante»); *Los caminos del oro y de la plata*, que es el tercer tomo de *Carlos V y sus banqueros*, en que se analiza el destino de las remesas de Indias, y algunos otros títulos de artículos que hablan por sí mismos, como «Los moriscos de Henri Lapeyre, los de Julio Caro y algún morisco más» o «El sorprendido y sorprendente Adriano VI, papa». Y ya habrá servido esta enumeración para mostrar la variedad de intereses, temas y períodos de la obra de don Ramón, que no se limitó, lejos de eso, ni a Carlos V ni al siglo XVI.

De la malograda monografía sobre los Reyes Católicos no ha podido publicar sino un extenso resumen con el título «La economía y la expansión ultramarina bajo el gobierno de los Reyes Católicos». También tiene un trabajo sobre la gobernación de Palencia (capital de su provincia natal) en la Edad Media, y un libro sobre Sevilla en el siglo XIII, inmediatamente después

de la conquista cristiana. También ha escrito sobre los siglos XVIII y XIX. Pero no se trata aquí de ser exhaustivo, sino de dar una muestra de la variedad de sus intereses.

Don Ramón es, aunque él por travesura y modestia a veces lo haya negado explícitamente, con su humor de siempre («a pesar de que se diga por ahí —tantas cosas se dicen— que yo he sido poco menos que el introductor, o algo así, de la Historia Económica, todo eso son puras fantasías»), el gran precursor y maestro de los españoles que nos consideramos historiadores económicos. Pero, además, es nuestro representante máximo y más respetado y conocido de los historiadores económicos en el extranjero, la imagen y figura protectora cuya aureola nos defiende en los congresos internacionales. Don Ramón Carande es un monumento viviente. Por muchos años.